



Gabriel Chacón, Felipe Godoy, Cristofer Rodríguez y César Tudela. 2020. *200 discos de rock chileno. Una historia del vinilo al streaming*. Santiago: Ocho libros, 446 pp.

Sebastian Carrillo
Licenciado en Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile
sacarrillo@uc.cl



www.ocholibros.cl/libro/200-discos-de-rock-chileno 852

Desarrollándose como un sonido rebelde, fuerte y contestario, el rock actúa como un estilo musical que traspasa las barreras estéticas de la música para contribuir a la formación de una identidad sociocultural que expone las principales características de la sociedad en la que está inmerso, actuando como una evidencia histórica que muestra las transformaciones, hitos e historia de una nación.

De este modo, el libro *200 discos de rock chileno* ofrece un recorrido histórico que evidencia el desarrollo del rock en Chile y su repercusión en la sociedad nacional desde mediados del siglo XX hasta las primeras décadas del siglo actual. Para esto, los autores Gabriel Chacón, Felipe Godoy, Cristofer Rodríguez y César Tudela, realizan una selección de 200 discos de rock de bandas y solistas chilenos desde 1962 hasta 2012, evidenciando la multiplicidad de estilos, posturas y estética que aportan al desarrollo de este género.

Metodológicamente, tal como señalan sus autores, el libro fue escrito gracias a la conformación de un grupo humano proveniente de la historia, la sociología y el periodismo, cuyos

integrantes, a través del consumo y afición por la música; la recolección y el estudio de testimonios de músicos; relatos de la calle; revisiones de documentales, archivos de prensa y sitios web especializados (pp.39-42); desarrollan un trabajo etnográfico, multidimensional y multidisciplinario, que deja claros atisbos de los principales componentes musicales y sellos discográficos del Chile contemporáneo.

El enfoque de este estudio considera al disco como un artefacto cultural que a través de su contenido actúa como soporte para mostrar evidencias y contextos del pasado. Por otra parte, respecto a la selectividad que utilizaron los autores para seleccionar los discos de rock, cabe destacar, que si bien, desde una visión estética, se tomaron en cuenta las bases musicales y expresivas que componen al rock, como por ejemplo la triada batería, bajo eléctrico y guitarra eléctrica –más el ruido y la rabia–, también se tomó en cuenta el impacto que tuvieron esos discos en la sociedad chilena de la época. Ante esto, el rock es considerado como un género que innovó la actividad artística musical mundial, actuando como un artefacto social y un movimiento contracultural que se opuso a las normas establecidas, para perpetuar protestas políticas que pusieron en jaque a las estructuras sociales predeterminadas (p.30).

El libro se compone por seis capítulos separados por décadas desde 1960 a 2010. Al comienzo de cada uno de ellos se realiza una contextualización histórica del país y de la realidad mundial según la década expuesta, con una detallada descripción de sus componentes sociales, culturales, políticos y musicales, enfatizando, principalmente, las transformaciones y evolución de la industria –sellos y conciertos– y soportes de la música –el paso del vinilo, al caset, al CD y al streaming–. Luego viene el contenido central de cada capítulo, donde se abordan los discos seleccionados para el estudio. Al momento de desmenuzar el contenido de cada uno de ellos, se indaga en las biografías de los músicos, sus encuentros y desencuentros, los sellos con los que trabajaban, y los lugares para el desarrollo de su música, sumando testimonios en primera persona de los protagonistas y la relación con el entorno musical en el que se publicaron cada uno de los discos que integran la selección.

El primer capítulo “Los 60 Solo para jóvenes”, centra su contenido en la llegada del rock a Chile en una década de gran convulsión política, social y cultural, donde las medidas de los gobiernos de Jorge Alessandri y Eduardo Frei Montalva se entrelazaron con la tardía llegada de la televisión, la liberación de la mujer con la aparición de la píldora anticonceptiva y el impacto hollywoodense en la mentalidad juvenil. Durante la década en cuestión, interactúan movimientos musicales como la Nueva Ola y la Nueva Canción Chilena, que activan la industria musical chilena a través del baile, la estética y el sonido del rock. De igual forma, la incorporación del disco Long Play a la música popular, permite a los músicos incluir obras de mayor duración, disponiendo de 45 minutos para sus canciones (p.61). Artistas como Cecilia “La incomparable”, Los Ramblers, Los Vidrios Quebrados, Los Mac’s o Ángel Parra haciendo crossover, son algunos de los principales exponentes de un género que se construía y tomaba importancia dentro del país.

El capítulo “Los 70 El alma llena de banderas”, muestra la consolidación y al mismo tiempo el retroceso del rock en Chile, en una década marcada por el inicio y fin del gobierno de la Unidad Popular por el golpe militar. A principios de la década, con la influencia latente del festival de Woodstock, se desarrolla en Chile una cultura hippie, donde el amor libre, el uso de alucinógenos y las consignas de paz y amor se complementan al ritmo de grupos como Los Jaivas o Aguaturbia. A su vez, el encuentro entre la Nueva Canción Chilena con el rock se hace definitivo con el enigmático disco *El derecho de vivir en paz* (1971) de Víctor Jara gracias a los sellos Dicap y Peña de los Parra, que también editan discos de Ángel Parra, Los Blops y Amerindios (p.100). De igual manera, la balada romántica de bandas como Los Ángeles Negros, encuentra en la bases del rock la posibilidad de masificar aún más su propuesta.

Sin embargo, a pesar de todo el denuedo del rock chileno por construir una identidad propia, el golpe militar de septiembre de 1973, que produjo un desmantelamiento abismal de la escena cultural en Chile, lo dejó en suspenso (p.103). Solamente grupos como Congreso o solistas como Florcita Motuda, con su performance irreverente e incomprendida, utilizarían el influjo del rock como un arma de resistencia ante los embates dictatoriales a partir de una crítica social oculta e interpretativa.

En “Los 80 Seremos fuerza, seremos cambio”, se muestra al rock como un artefacto de resistencia que contribuyó al lento despertar social de un Chile atemorizado y dormido (p.157). A pesar de la censura impuesta por el régimen en el mundo de las artes y la cultura, la irrupción del casete permitió democratizar el consumo de música, siendo una alternativa popular y económica que, a la vez, le permitió a una generación de músicos criados en el miedo y la censura difundir su propuesta como un arma de lucha contra el régimen (pp.182-183). De igual manera, la proliferación de conciertos en espacios barriales como el Gimnasio Manuel de Plaza en Ñuñoa o la Sala Lautaro en San Miguel, fueron de gran ayuda para la masificación de la música de diferentes bandas. Ante esto, grupos como Los Prisioneros –el conjunto más relevante de la década–, Fulano, Tumulto, Congreso, Electrodomésticos o Mauricio Redoles y Son Ellos Mismos, fueron refugio y voceros de la rabia, rebeldía y aires de cambio que demandaban la juventud y la sociedad chilena.

En el capítulo “Los 90 Somos tontos, no pesados”, tras superar la dictadura militar con la vuelta a la democracia, se observa un aggiornamento de la mentalidad juvenil en Chile, siendo las influencias extranjeras y el triunfo del neoliberalismo elementos relevantes para la formación identitaria de los jóvenes en el país. Eso iba de la mano del desinterés político de la juventud, producto de los pocos aires de cambio que trajeron consigo los gobiernos de la Concertación. En una década marcada por el consumo y avances tecnológicos, se masifica el disco compacto o CD, dispositivo que transformó el consumo de música en el mundo, permitiendo a los músicos incluir más canciones en sus álbumes y a los oyentes la posibilidad de cambiar libremente los tracks (pp.214-216). A la vez, en los noventa se produce la internacionalización de grupos como Los Tres o La Ley, abriendo el mercado musical y profundizando internacionalmente la llegada de la música chilena –algo que ya hacían, por cierto, Los Prisioneros desde fines de los ochenta–. De igual manera, grupos como Los Miserables, Lucybell, Chancho en Piedra, La Floripondio, Saiko, Los Tetas o La Rue Morgue, aumentan la diversidad de estilos que conviven dentro de la escena musical chilena, llegando a diferentes estratos y grupos de jóvenes que buscan una identidad que los represente.

En “Los 2000 Canción para mañana se muestra una década”, se profundizan las diferencias sociales en el país y se diversifican las mentalidades de la población juvenil, la cual busca forjar una identidad propia que se adecue a sus sensibilidades, intereses, necesidades y expresiones estéticas en una época de proliferación y masificación del internet, medio que reconfiguraría el panorama social de la población y de la música (p.300). El crecimiento del internet en la sociedad mundial, trajo consigo el nacimiento del Mp3, archivo musical más liviano que el formato digital del CD que permitía descargar una infinidad de archivos de una manera rápida y económica –aunque sacrificando calidad sonora–.

Los 2000 son una década de decaimiento en la industria musical chilena, ya que, los grandes sellos internacionales dejan de apoyar a los músicos nacionales, a excepción de grupos como Los Tres, Lucybell o Los Bunkers (p.306). Sin embargo, a pesar de esto, las grandes oportunidades de difusión que entregaba el formato Mp3 permitió seguir democratizando la información, permitiendo que una serie de grupos independientes produjeran su música a partir de sellos autogestionados que vieron en internet la posibilidad de masificar su música ante el mundo. Los 2000 son una década en que se desarrollan una multiplicidad de géneros que interactúan

continuamente con el rock, desde el pop romántico de Francisca Valenzuela, el pop indie de Teleradio Donoso, la trova de Chinoy, la experimentación del consagrado Álvaro Henríquez con su grupo Pettinellis, el punk de Sinergia, el rock pesado de Weichafe o el pop rock del grupo más relevante de la década: Los Bunkers.

El último capítulo, “Los 10 Comenzar de nuevo”, muestra una época caracterizada por la instantaneidad de la comunicación gracias al internet, donde los teléfonos inteligentes, las redes sociales o blogs son canales de información y por sobre todo de opinión (p.382). La música no queda ajena al paso de la tecnología, siendo sitios como YouTube o plataformas de streaming como Spotify los principales medios para consumir música legalmente, marcando definitivamente el fin del consumo de música en los formatos de vinilo, casete o CD compacto, exceptuando a un pequeño grupo nostálgico de fanáticos que seguirán utilizándolos.

A partir del 2010, los músicos chilenos masificarán su música través de las redes sociales, desarrollando, a la vez, conciertos masivos en espacios como Movistar Arena o el Teatro Caupolicán, además de compartir escenario en festivales de gran escala como Lollapalooza, Cumbre del Rock Chileno, The Metal Fest, Legalize Festival, entre otros, que producen el encuentro entre diferentes músicos, ritmos y sonidos. La década del 2010 es un periodo donde prevalece el folk-rock a partir de exponentes como, Juana Fe, Manuel García, Camila Moreno o Demian Rodríguez, además del pop-rock de Ases Falsos.

Terminada esta descripción general del libro, es necesario comentar críticamente algunos elementos fundamentales del texto. En primer lugar, se destaca su buena redacción, la cual va acompañada de una estructura clara que lleva al lector a entender las características de cada una de las décadas tratadas, indagando en el contexto musical en los que se desarrollaron los discos seleccionados y su relación con el entorno sociocultural y político chileno de la segunda mitad del siglo XX y principios del siglo XXI. De igual manera, en términos visuales, la incorporación de las portadas de los álbumes y la presencia de las fichas técnicas de los discos seleccionados, permite al lector conocer de manera detallada y sintética los años de producción de los discos y algunos aspectos de su creación.

Sin embargo, el libro podría haber desarrollado de mejor forma la interacción de la música con otras fuentes culturales de importancia para el entendimiento de la idiosincrasia del país. Un claro ejemplo de esto es la omisión del nexo entre el Nuevo Cine Chileno y la Nueva Canción Chilena en los capítulos “Los 60 Solo para jóvenes” y “Los 70 El alma llena de banderas”, donde destacan grupos como Los Jaivas, Ángel Parra, Patricio Manss, entre otros. Al mismo tiempo, es llamativa la ausencia de algún disco de Violeta Parra, artista de suma importancia para la historia musical chilena y que interactúa directamente con el alma del rock. Desde el punto de vista formal, la inclusión de las notas al pie de página en lugar de al final de cada uno de los apartados, habría facilitado la lectura de los capítulos, ya que le permitiría al lector acceder de forma más rápida y sencilla a la información que aparece en ellas.

Si bien muchas veces los historiadores desconfían del uso de fuentes culturales para desarrollar investigaciones históricas, por la carga ideológica y subjetiva que poseen, un libro como *200 discos de rock chileno* nos entrega una visión que contribuye al entendimiento de la historia contemporánea de nuestro país a través de la mentalidad, las vivencias, los recuerdos y las experiencias personales que permearon nuestra sociedad. Comprender la mentalidad de la sociedad y la experiencia social que producen distintas expresiones culturales, nos permite explorar las actitudes y sensaciones que evocan en las personas, pues, tal como señala Chartier, “la historia cultural considera al individuo, no en la libertad supuesta de su yo propio y separado, sino en su inscripción en el seno de las dependencias recíprocas que constituyen las configuraciones sociales a las que él pertenece” (2005: 10).

En mi calidad de Licenciado en Historia y al haber trabajado a lo largo de mi carrera con fuentes históricas culturales, el libro me transporta a pasajes autobiográficos de mi vida. Crecí en un hogar donde la música formó parte importante de la historia familiar, puesto que aparece en los relatos de mi abuelo en su llegada a Santiago desde el campo y sus desencuentros en el amor al ritmo de “Y volveré” de Los Ángeles Negros; las anécdotas de mi padre en sus idas y peleas en la Sala Lautaro de la calle Euclides en San Miguel al ritmo de Tumulto, grupo que marcó mi infancia y que me empezó a gustar cuando acudí al responso de su líder Poncho Vergara en 2004, mientras mi padre lloraba a mares; el fanatismo de mi madre por el “pop cebollero” –término que ocupó para molestarla un poco– de Nicole o de Javiera y Los Imposibles; o a la formación de mi gusto e identidad musical, con grupos como Los Tres o Los Bunkers algunos de los principales exponentes de mi afición por la música.

Para finalizar, libros como *200 discos de rock chileno* nos muestran la escena musical nacional de la segunda mitad del siglo XX, pero también constituyen un recurso para conocer la historia del país, donde historiadores, aficionados de la música o público en general tienen la oportunidad de entender las características sociales, culturales y políticas del Chile contemporáneo a través de un relato fluido, llamativo y entretenido que deja en evidencia gran parte de la idiosincrasia y componentes que caracterizan a nuestro país a partir de la música y la cultura del rock.

Bibliografía

Roger Chartier. 2005. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa.